

# PiNOCHO

AÑO. IV  
NUM. 159

25 cts

4 MARZO  
1928



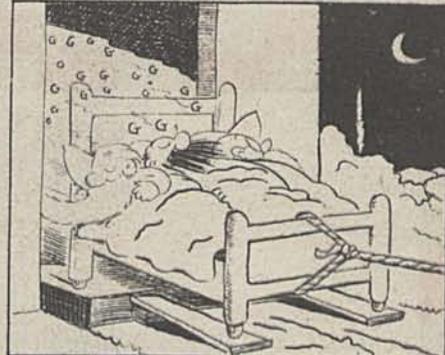
- ¡MIRA QUE SI DIERA LA CASUALIDAD DE QUE NOS REUNIÉRAMOS ESTA PRIMAVERA EN SEVILLA!.....
- SI YO NO PIENSO IR A SEVILLA ESTE AÑO, CURRINCHE.
- NI YO TAMPOCO; POR ESO DIGO QUE SERÍA UNA CASUALIDAD.

# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.- SUSCRICION: ESPAÑA Y AMERICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



## La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón



# LOS PESCADORES DE LA BRETAÑA

## CUENTO POR EMILIO SALGARÍ



ODOS los años, de los puertos de Bretaña y Normandía, aun de los más pequeños, inaccesibles a las embarcaciones grandes, salen flotillas de barcos de pesca para atravesar unidas el océano Atlántico y dirigirse a los bancos de Terranova, donde el bacalao abunda extraordinariamente, más que la sardina en nuestras costas o el arenque en los mares del Norte. Los pesqueros zarpan el mismo día y vuelven también a la madre patria, si es que vuelven todos. El día antes de la partida, una conmoción indecible reina en todas las aldeas ribereñas de las costas septentrionales de Francia. Por la mañana, los marineros, con sus vestidos de fiesta y seguidos de sus mujeres y de sus hijitos, se reúnen en la pequeña iglesia del pueblo, donde un delegado del obispo los absuelve de sus pecados e invoca para ellos la ayuda de la Virgen Santísima: *Ave Maria Stella*. Es una escena sumamente conmovedora, que hace saltar las lágrimas y que permanece grabada por largo tiempo en el corazón de quienes la presencian, creyentes o descreídos.

Pero nada tan doloroso como el momento de la despedida.

Toda la multitud se agolpa en torno a aquellos pobres marineros, que, para ganarse un pedazo de pan, van a través del Atlántico a desafiar, junto a los alfaques de la lejana Terranova, las nieblas, los hielos flotantes y las furiosas tempestades.

Allí están todos, en la orilla, los jóvenes robustos de la tierra de granito; allí están todas las graciosas muchachas de la vieja Armórica, y con ellas los pescadores ya ancianos, retenidos en tierra por la edad y los achaques. No faltan tampoco las abuelas, arrugaditas, vacilante la fatigada cabeza, ni las madres, que acuden dando el pecho a sus chiquitines.

Pueden contarse las sonrisas, mas no las lágrimas; tan numerosos son los párpados que retienen, bajo la orla de sus pestañas, esas perlas que forma el humano dolor.

Y las sonrisas, ¿dónde están? En los frescos labios de las mozuelas, distraídas por naturaleza, risueñas por temperamento, porque su corazón es poco sensible o no ha palpitado aún a las dulces promesas del amor.

¿Dónde hallarlas? En el rostro altanero y un tanto desdeñoso de los jóvenes que a todo prefieren su oficio rudo, que no ven más que el océano, al que consagran todos sus pensamientos y sus anhelos, prontos siempre a confirmar el conocido refrán de los viejos lobos de mar:

«Siempre con él; a flote o a pique.»

En cambio, las lágrimas se ven brillar bajo los arcos de las cejas morenas o rubias de las novias de ayer, que esperan el término de la campaña de pesca para consagrar sus amores o para llorar a su prometido, a quien acaso no verán volver porque el océano lo ha guardado para sí.

Se advierten en la cara de las mujeres, que saben que el marido puede volver, pero que también puede dejarlas cargadas de familia, de deudas, de pesadumbre y de pobreza.

Y más brillantes, más gruesas, no contenidas, deslizanse por las arrugas de las abuelas, que se sienten muy viejas y temen no vivir ya cuando el otoño llegue. Asimismo se descubren en la pálida faz, llena de aflicción, de las viudas de los pescadores muertos en el mar, que acuden a bendecir a su primogénito, dispuesto a partir para regiones de donde su padre no regresó.

¡Y cómo lloran las pobres viudas! Ellas saben por experiencia cuántos peligros han de afrontar aquellos que dentro de un instante alejarán las olas de la patria orilla.

¿Qué peligros son esos que no intimidan a los audaces pescadores?

¡Infinitos! Una racha de viento que vuelque la frágil barca, mientras en los alfaques recogen el bacalao suspendido de los larguísimos sedales; un golpe de mar que barra la cubierta, arrastrando a todos o a casi todos; un barco que, envuelto en niebla, parta en dos la navecilla pesquera; una tempestad que los lance hacia la costa, para estrellarlos contra las rocas; un bloque de hielo, arrastrado por la corriente del Golfo, que se precipite sobre ellos y los aplaste; el pavor de las noches oscuras en medio del mar embravecido; los bajos traidores a flor de agua; los imprevistos choques con los escollos; los horrores de la agonía, asidos a una pequeña tabla; las privaciones de la soledad, en un desierto islote, perdida toda esperanza cuando ve el naufrago pasar una vela a lo lejos por el horizonte.

¡Cuán diversos y variados son tales peligros! ¡Y cómo todos ellos tienden al mismo fin: la muerte del pobre pescador!

Basta abrir los anales marítimos para encontrar desastres a cual más emocionante. Ayer, hoy, mañana, todos los días tienen su trazo negro, y apenas se ha amortiguado la conmoción producida por un siniestro cuando otro viene a hacerlo olvidar.

Y cuando los pescadores regresan, ¡qué contento, qué holgorio! Apenas se divisa una barca pesquera desde un puerto normando o bretón, toda la población se alborota y acude bulliciosamente al muelle. Las co-





fias blancas de las mujeres rodean a los ancianos, que, expertos, ansiosamente escuchados, hacen conjeturas y comentarios sobre la nave que se aproxima. Pero hasta el último instante una sombra de angustia envuelve a toda aquella pobre gente que esperan al hijo, al marido, al hermano o al novio. ¿Y si no volvieran todos? El último año, como los anteriores, la flotilla de Terranova tuvo sus «muertos en el mar». El *Ali Baba* fué lanzado con los cadáveres de sus tripulantes contra las rocas de Miquelon; la *Rosita*, la *Gallarda*, la *Tirolesa*, la *Esperanza*, la *Mariucha*, y el *Alfonso*, allá lejos quedaron, y doscientos cincuenta pescadores desaparecieron con ellos para siempre.

¡Pobre mujeres! ¡Pobres madres! Y ¡pobres huérfanos! Y, sin embargo, a pesar de tanto desastre, todos los años zarpan las barcas. Así será mientras quede un solo bacalao en los bancos de Terranova.

\*\*\*

Ya había terminado la temporada de pesca en el gran banco de Terranova, y el crucero francés destinado por el Gobierno para servir de guía y protección a los pescadores durante la travesía del océano se había unido a una buena parte de la flotilla para conducirla de nuevo a la patria.

La campaña había sido bastante fructífera aquel año, y la pesca, abundante, como hacía muchos no se había visto. Todas las barcas llevaban repletas sus bodegas, y los marineros comenzaban a hacer cálculos sobre el producto de la venta y lo que les correspondería.

Especialmente la *Josefina*, una barca bastante espaciosa, de la matrícula de Fécamp, mandada por el capitán Durlot, había hecho una pesca asombrosa, que aseguraba a su tripulación satisfactorias ganancias. El patrón, a quien tal éxito había puesto de buen humor, prometió a sus marineros dejarles pescar por su cuenta hasta que llegaran las otras barcas, si el tiempo se mantenía favorable. Al levantarse temprano el día siguiente, que era el último de estancia en el banco, observó con satisfacción que podría cumplir la palabra dada, proporcionando así a sus hombres la ocasión de agregar un suplemento al ya conseguido beneficio.

El mar estaba tranquilo y soplabla una ligera brisa. Sólo allá en el Norte, muy lejos, advertíase apenas una neblina blanca como la leche, muy espesa, que los marineros llaman *poudrin*, y es el terror de los pobres pescadores.

Pero como el viento venía del Sur, no había peligro, al menos por el momento.

Así, pues, llamó a cubierta a sus tripulantes, y les dijo:

—Quien quiera aprovecharse del permiso, que no

pierda tiempo. Aún queda bastante bacalao para hacer una buena pesca y regalar con su producto un bonito vestido a las mujeres y a los chiquitines. ¡Vamos Bauchet, tú que te lamentabas de lo corto de la paga y que estás cargado de familia!

El interpelado adelantóse un poco y observó con atención la neblina distante.

Era un pescador hercúleo, próximo a la cincuentena un verdadero hijo de la tierra del granito, que desde los treinta y cinco años no había dejado uno solo de atravesar el Atlántico.

Detrás de él estaba su hijo, su primogénito, que había querido acompañarle, sin atender las lágrimas de su madre, deseoso de aprender con tiempo el «oficio».

No tenía más que trece años; pero durante la campaña habíase conducido como un mozo ya avezado, ayudando eficazmente a su padre.

—Hay *poudrin* en el horizonte, y eso no me gusta —dijo el pescador.

—No tengas miedo, Bauchet —dijo el capitán—. Sopla viento favorable del Sur y lo mantendrá lejos.

—Padre —suplicó el muchacho—, aprovechemos el permiso. Mi hermano Carlos quiere una lancha desde hace mucho tiempo, y así, con cien francos, podremos comprársela. Cuando la tenga, podrá ayudar a todos durante nuestra ausencia. Ya sabes tú que es un pescador de los buenos y que sabe ganarlo si le dejan una barca.

—Vamos, pues, Ricardo —respondió el pescador—. Yo sé donde hay todavía bacalao abundante, y podremos ganar esos cien francos en dos o tres horas.

En el momento de embarcar los sedales en la chalupa, dudó un poco y miró hacia la peligrosa bruma; encogióse luego de hombros, tomó los remos, y exclamó:

—Tan pronto como el viento se cambie al Norte, volveremos a toda

prisa a la *Josefina*. En lugar de dirigirse al banco donde estaban otros pescadores, Bauchet puso la proa hacia algunos bajíos algo alejados, donde sabía que no escaseaba el bacalao.

La estación de la pesca había terminado ya; pero siempre quedaría un buen número de peces rezagados.

Como acaso sabréis, lectores míos, el bacalao es un pez emigrante, que se reúne en majales o bancos inmensos, y que durante la estación buena, el otoño, se dirige siempre a los lugares donde ya ha estado el año anterior.

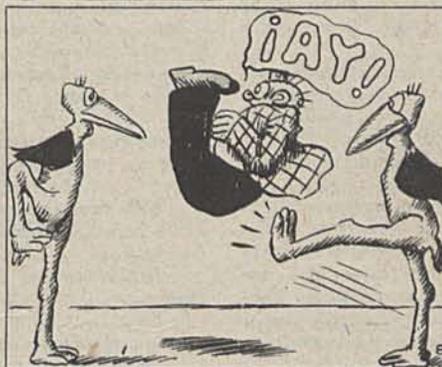
En su mayoría van a los bancos de Terranova, donde depositan sus huevos; llegan por millones, en filas apretadas, y avisan su llegada infinitas bandadas de pájaros acuáticos que se nutren de los más pequeños. En los bancos permanecen dos y aun tres meses, para desaparecer luego y no dejarse ver ya hasta el año siguiente.

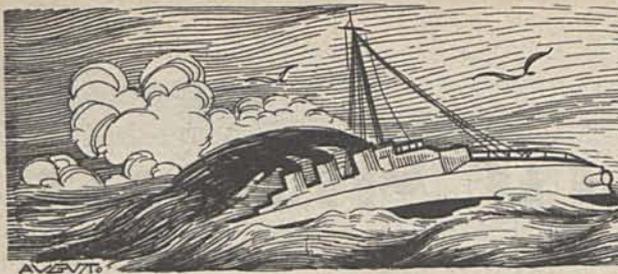
(Continuará en el número próximo.)





# DESVENTURAS DE LUCIO MIRAGUANO





# EL TORPEDERO DE PRESA

Por **A. M. GIANELLA**

(Continuación)

Nadie dudó en obedecer y los quince *bushranges*, llevando en el centro a los cuatro prisioneros, desaparecieron en las tinieblas, primero al paso, para no hacer ruido, y después a la carrera, en dirección al estado de California, por la extensa y desierta pradera.

Llevaban una hora larga de galope y ya empezaban a respirar creyéndose a salvo, cuando se dieron cuenta de que un fuerte grupo de hombres a caballo les corría detrás.

¿Quiénes podían ser?

¿*Bushranges*?... Imposible, porque los misteriosos adversarios no procedían de las cavernas sino del oeste.

¿Entonces?

De pronto, una voz imperiosa, gritó:

—¡Alto! ¿Quiénes son?...

Por toda respuesta los quince *bushranges* descargaron sus armas y clavaron las espuelas en los ijares de sus caballos, emprendiendo una carrera desesperada, arrastrando en ella a sus prisioneros.

Habían reconocido a las tropas del Gobierno federal, enviadas contra ellos, de la ciudad del Gran Lago Salado.

Unos cuantos soldados y varios caballos heridos por los proyectiles cayeron al suelo, causando una indescritible confusión con las empujadas de las bestias, gritos de los oficiales y blasfemias y juramentos de los soldados.

Muchos de ellos rompieron un nutrido fuego de fusilería contra los fugitivos y lograron derribar a cinco *bushranges* que iban a la cola, que fueron apresados en seguida.

Dos de ellos, heridos de muerte, expiraron a los pocos momentos; los otros tres, heridos levemente, fueron interrogados sin pérdida de tiempo.

Ante la esperanza de salvar el pellejo, lo revelaron todo, indicando el lugar adonde marchaban el grupo de fugitivos, que sumaban catorce, contando los prisioneros, y señalando el sitio donde podían sorprender al resto de la cuadrilla.

El jefe de la expedición lanzó dos pelotones en persecución de los primeros y ordenó el asalto a las cuevas.

Digamos en pocas palabras que los *bushranges*, sorprendidos durante el sueño y completamente borrachos, se defendieron malamente y fueron en parte muertos y en parte hechos prisioneros, comprendiendo entre éstos al audaz Sam Pierson, que fué encontrado en su cueva medio ahogado y lívido de rabia más que de las cuerdas, y que le oprimían tanto más cuantos más esfuerzos hacía por desatarse.

El día siguiente el terrible bandido y sus secuaces entraban en la más sólida prisión de la santa ciudad de los Mormones, en espera de ser conducido a Sacramento para recoger el premio de sus gloriosas gestas.

Convengamos en que Sam Pierson no podía terminar de un modo más estúpido.

V

*La primera noche de fuga.—A través de los desiertos americanos.—En la Sierra-Nevada.—La inquietud de Maud y el remedio del marinero.—La expedición de Jones y lo*

*que vió en San Francisco.—Una extraña bandera.—Modo como mister Shaw tuvo que ceder su yate a mister Collap.—Un encuentro extraordinario y sus probables consecuencias.*

Los dos pelotones de caballería del Lago Salado, encargados de perseguir a los diez *bushranges* y a sus cuatro prisioneros, diéronse pronto cuenta de que no podían alcanzar a los fugitivos, que por la excelencia de sus caballos, más vigorosos y más reposados, iban ganando continuamente una sensible ventaja, a lo que contribuía además el tiempo perdido por los jinetes americanos, su poco conocimiento de los caminos y una falta de práctica, bien excusable, en aquella clase de guerra.

Consecuencia de ello fué que los dos comandantes del pelotón decidieron con muchísima prudencia no apresurarse demasiado con riesgo de reventar sus caballos y acordaron seguir a los *bushranges* de lejos, procurando no perder sus huellas.

Pero nosotros, montados en mejores corceles, podemos correr más que ellos, alcanzar a nuestros protagonistas y unirnos a ellos para acompañarles en la carrera llena de aventuras a través de las regiones de la América occidental.

Después de un galope desesperado y sostenido durante dos horas, gracias a un encarnizado uso de las espuelas, las pobres cabalgaduras empezaban a dar signos de cansancio y amenazaban con caerse al suelo.

Entonces el jefe de la banda dió la orden de alto y todo la gente se apeó.

Brillaban las estrellas y la noche era fría; no se oía ruido alguno en torno.

El señor Touchet y Maud, con las piernas doloridas, dejáronse caer al suelo, y declararon que a menos de presentarse un peligro inminente y mortal no emprenderían de nuevo la marcha sin antes descansar.

—Esto es precisamente lo que yo pienso —dijo el jefe de la banda.— Tanto más cuanto que los caballos están estenuados.

—¿Entonces nos paramos aquí? —preguntó sir Baker, inquieto.

—Es preciso; el sitio me parece a propósito para pasar lo que resta de noche.

—¿No teme ser sorprendido?

—No, porque si nuestros caballos están muertos de cansancio, otro tanto y aún más debe sucederles a los de nuestros perseguidores.

—Es lógico.

—Por esto mismo podemos dormir unas cuantas horas tranquilamente. Cinco de vosotros harán la primera guardia velando por la seguridad de todos.

—Y mejor, para impedir que ninguno de nosotros se escape —dijo, riendo, sir Baker.

—Por lo uno y por lo otro —replicó el jefe de la banda.— Pero estoy convencido de que en provecho de ustedes jamás se les ocurrirá tal idea.

—¿En provecho nuestro?

—Sin duda alguna; además de que si se escapasen, sabríamos cogerlos de nuevo, perdidos, extraviados en estas regiones desiertas y fatales para quien no las conoce.

—Tiene razón.

—Pues claro que la tengo.

—Por esto puede estar tranquilo en lo que a nosotros se refiere.

—Ya lo sé. Que descansen ustedes.

—Gracias. Buena guardia.

En un cuarto de hora quedó establecido el campo; los hombres tendidos en el suelo, las armas al lado, bien envueltos en sus capotones y mantas de lana; los caballos atados a unos arbustos y prontos a ser montados a la primera señal de alarma.

Maud Campbell, tumbada encima de una manta y bien tapada con una gruesa capa, durmió hasta el alba y despertóse tranquila y descansada, cuando los *bushrangers* y los tres prisioneros estaban en pie, junto a los caballos ya dispuestos.

La joven levantóse un poco avergonzada y confusa.

—¿Es hora de marchar? —preguntó.

—Cuando quiera —respondió el jefe de la banda.

—Entonces en marcha.

Montó a caballo, colocóse junto a su padre y a la señal del jefe se puso en marcha al trote largo.

Durante tres días repitióse siempre lo mismo: dormir al raso con el ojo avizor y aguzado el oído; comer en los *ranchos* más solitarios, una hora de siesta para que los caballos descansaran y vuelta a lo mismo.

Algún río les obligaba a desviarse del camino en busca de un vado y a veces encontraban cadenas de alturas con las cimas ya cubiertas de nieve; desde ellas el jefe de la banda examinaba el camino recorrido y escudriñaba el horizonte.

Un día descubrió un grupo de jinetes a lo lejos que seguían sus huellas.

—Es preciso apresurar la marcha —dijo.— Somos perseguidos.

Y desde entonces galoparon con mayor intensidad.

Al cuarto día llegaron a Sierra Nevada y vieron una familia de osos grises, a los cuales no se decidieron a saludar con sus fusiles.

Superada la peligrosa sierra bajaron al valle de San Joaquín; poco más de una jornada les separaba de Monte Rey.

Durante aquellos días llenos de ansiedad para nuestros cuatro protagonistas, Maud Campbell había estado atormentada por una idea fija: el retraso que sufría su llegada a San Francisco.

Temía no llegar a tiempo de embarcar en el yate que tenía que llevarle a la isla de los Salvajes, y una vez habló de ello con Jones.

—¿No será ya demasiado tarde? —preguntó.

—Creo que no —le contestó el joven marinero.

—¿No recuerda lo que me dijo a bordo del *Federiks*?

—¿Qué le dije?

—Me dijo que era absolutamente preciso que llegásemos a San Francisco el 31 de octubre.

Guillermo Jones palideció y se mordió los labios.

Era verdad; había hecho aquella afirmación categórica a la joven.

¿Cómo enmendar lo dicho cuando el término hacia ya tantos días que había pasado?

¿Y si sospechase el engaño?

Fuera miedo: el joven marinero no era de aquellos que se atorrullan y pronto contestó con una triunfante sonrisa.

—Tranquilese; al detenernos en Omaha, antes que el tren fuese asaltado, tuve tiempo de telegrafiar nuestra llegada y explicar que nos esperasen mientras no recibieran orden en contra. ¿No se acuerda que bajé del tren?

Maud tuvo un impulso de alegría.

—Si, es verdad —exclamó.— ¿De modo que el yate nos espera?

—Si, miss.

—En San Francisco.

—Precisamente.

—Gracias, Jones, es usted un excelente amigo y mi agradecimiento será eterno...

—¡Oh, miss!...

Y el astuto marinero volvió el rostro para ocultar su confusión.

—¡Vaya un tunante!...

Al llegar al valle de San Joaquín, sir Baker y el jefe de la banda conferenciaron acerca de lo que debían hacer.

Decidieron que Guillermo Jones y uno de los *bushrangers* marchasen a San Francisco, donde sir Jorge aseguraba tener un yate de su propiedad, para ordenar al capitán del barco que hiciese rumbo hacia Monte Rey, precisamente al sur de la pequeña ciudad, frente a una playa entre los pueblos de González y San Antonio.

Guillermo Jones partió rápidamente en compañía del *bushrangers* y llegó a San Francisco en el preciso momento en que salían de allí Wilson, Chicotry, el teniente Bonnet y el malayo con soldados a caballo.

Seguramente era él el joven a que hemos hecho referencia al final del capítulo tercero, que reconoció en seguida a su antiguo almirante y al *arung* Sudharah.

Estremecióse al verlos, y ante el temor de ser reconocido a su vez, echóse encima de los ojos el ala del sombrero, y se puso a meditar acerca de aquel extraordinario encuentro. ¡Cuántos recuerdos despertaban en su mente! ¡Cómo pasaba ante sus ojos su vida irregular y rebelde, a bordo del torpedero inglés, cuando formaba parte de la escuadra mandada por el almirante Wilson!...

—¿Cómo es que Sudharah y mi antiguo jefe se encuentran juntos? —pensaba con invencible preocupación.— ¿Y precisamente aquí, en California, donde nos encontramos?... ¡Demonio, demonio, esta alianza no me parece de buen augurio!... Y, además, ¿por qué se dirigen hacia el sur, con aquellos soldados de caballería, precisamente en dirección de Monte Rey?... ¡Oh! ¡Todo esto es muy sospechoso! ¿Habían adivinado algo? ¡Vive Dios! Es preciso darse mucha prisa para llegar antes que ellos y avisar al jefe. ¡En marcha!

Y aplicó de nuevo, y con mayor energía, las espuelas a su caballo, arrastrando tras de sí al *bushrangers*.

Dos horas más tarde llegaban al puerto, abandonaron al azar sus cabalgaduras, que constituyeron la maravilla y la felicidad de los que las encontraron, y subieron a bordo de un magnífico barco, de líneas finas, en cuya popa ondeaba una bandera de seda roja y azul, llevando en el centro un gran escudo de plata con una cadena de forzado envolviendo un haz de armas extrañas, y encima destacábase un turbante blanco con penacho de oro.

Aquella bandera era el nuevo estandarte de la Soberanía de Tomini.

\*\*\*

El barco al que había subido Jones en compañía del *bushranger* tenía el aspecto de un hermoso yate destinado a regatear victoriosamente con los más veloces buques mercantes y de guerra de todas las naciones.

Se dejaba adivinar con gran facilidad a la menor ojeada sobre sus máquinas, perfectas y potentísimas, que ocupaban buena parte del centro del barco, mientras la popa estaba toda ella destinada a camarotes y salones espléndidamente amueblados, y la popa permitía un espacioso alojamiento a la tripulación, que por lo disciplinada parecía la de un barco de guerra.

Aquel barco, digno de un príncipe, perteneció en su origen al multimillonario Arturo William Shaw que tuvo que cederlo durante su último viaje a Australia, en donde el riquísimo americano poseía inmensas propiedades.

(Continuará en el número próximo.)



# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



LA APUESTA ESTÁ ECHADA. VAN SIETE REALES AL QUE CAZE MAS Y YO APUESTO POR DON TURULATO

Y YO, POR CURRINCHE



NO LAS TENGO TODAS CONMIGO, CURRINCHE. ME PARECE QUE ALGÚN CONEJO NOS PERSIGUE

PUES COMO YO LO VEA SE HA CAIDO



SILENCIO! ME DA EN LA NARIZ QUE HE OIDO CACAREAR A UNA LIEBRE

¡QUE EMOCIÓN DON TURULATO! ¡SI VIERA USTED QUE SALTITOS ME DA EL CORAZÓN!



¡CONEJITOS A MI! ¡JE, JE! ¡A MI, QUE HE CAZADO TODOS LOS LEONES QUE HAY EN LA SELVA!

¡ESO ES UN ASESINATO! ¿NO VE QUE EL POBRECILLO ESTÁ ATADO? ESO NO VALE



¡ATIZA! ¡CON EL TIRO LE HE ROTO LA CUERDA!

ME ALGRRO ME ALEGRO Y ME ALEGRO



¡REPACHO! ¿QUÉ PAJARRACO SERÁ AQUEL?

POR EL TIPO ES DEL GÉNERO DE LAS FIERAS, Y DE LA FAMILIA DE LAS CORRUPIAS



A ESTE LO MATO YO CON LOS OJOS CERRADOS

SE ESTÁ QUIETÍSIMO. YO CREO QUE SE HA ESCAPADO DE ALGÚN TIRO AL BLANCO DE LA VERBENA



ERES ENORME CURRINCHE. LO HAS DEJADO EN EL SITIO

Y ESO QUE HE TIRADO CON LOS OJOS CERRADOS QUE SI LLEGO A MIRAR LO DEJO ESTOFADO



¡ARREA! ¡ES UNA VELETA!





# DESDICHAS DE DON PANFRITO Y SU CABALLO SPARKITO



©1925 by King Features Syndicate, Inc. D7350



# CUENTOS DE CALLEJA

## LA CRUZ DEL DIABLO

Castillo



En un pueblo de Navarra había un señor que gozaba de triste celebridad entre sus vasallos a causa de sus excesos y maldades; tan malo era, que el mismo demonio le tenía envidia.

El Rey, enterado de su perversa condición, hubo de llamarle al orden y aun desterrarle del reino.

Mientras él vivió en la comarca, se oía de continuo el cuerno de caza; los caballos de aquel hombre y los de sus amigos estropeaban sembrados, atropellaban rebaños, mataban jóvenes y ancianos, pegaban fuego a las habitaciones, chozas y casas, y tal miedo habían puesto en el ánimo de aquellas pobres gentes, que apenas sonaba el cuerno de caza en las puertas del castillo o veían venir la cabalgata se ponían a temblar, cerraban puertas y ventanas y no cesaban de rezar.

Cuando salió desterrado quedó la comarca tranquila, recobró la vida de laboriosidad, tanto tiempo interrumpida, y los campos fructificaban y producían que era una bendición de Dios.

Pasaron los años y el castillo comenzó a derruirse.

Ya nadie se acordaba de aquel señor ni de sus fechorías, cuando vino a posesionarse del castillo una partida de bandoleros. De los cuales nada se sabía sino por sus fechorías. Nadie los había visto. Y fueron vanas cuantas pesquisas se hicieron para encontrarlos. De lo cual nació el rumor, pronto aceptado y propalado por las almas sencillas, de que eran fantasmas y almas en pena mandadas por el antiguo señor de aquel castillo, que tan malo había sido en vida. Acreditaba este rumor otro rumor que se propagó con rapidez asombrosa: decía que el capitán llevaba puesta la misma armadura que había usado aquel infame y que se había llevado puesta cuando lo desterraron de aquellos lugares.

Volvieron a estar encendidas por las noches las lu-

ces, a sonar los cantos báquicos, a ser robadas las casas y quemados y arrasados los campos, y nació de nuevo la intranquilidad y el desasosiego.

Todas las noches se encendía en una de las más altas torres del castillo una luz encarnada que parecía un ojo enorme, cuyo resplandor atravesaba la espesura del bosque, iluminándole con luz tan siniestra que parecía un incendio. Algunos valientes de los pueblos inmediatos, que se habían atrevido a acercarse, oyeron tales cosas, que volvieron corriendo a sus casas con el cabello erizado y dando diente con diente.

—Pero ¿qué han oído ustedes?

—les preguntaban las autoridades.

—¡Ay!, ¡ay!, ¡ay! —gritaban, llenos de terror.

—Pero ¿qué es lo que han oído, cobardones? —repetían.

—Pues verán ustedes —dijeron aquellos infelices en cuanto lograron serenarse—: A las doce de la noche nos ásomamos a las puertas del castillo, y al sonar la hora de la media noche oímos ruidos de cadenas, alaridos horribles y carcajadas aterradoras; se nos puso la carne de gallina y salimos corriendo como gamos.

—Son ustedes unos cobardes —gritó el juez—; por algo se les puso la carne de gallina.

—Pues vaya usted allí —exclamaron aquellos infelices temblando—, y verá usted lo que es bueno.

El juez llamó en el acto al alguacil y a quince o veinte mozos armados de flechas y lanzas, y partieron hacia el castillo. Al salir del pueblo iban muy decididos, pero, conforme se alejaban, se les iba pasando el entusiasmo, y en poco estuvo que todos apretaran a correr a la entrada del bosque, si no hubiera sido por el juez, que era un hombre valeroso y que, marchando a la cabeza de todos, les quitaba el miedo con su ejemplo.

Al aproximarse a la puerta del castillo dijo el juez con energía:





—Aunque se tratara del propio diablo en persona, me lo llevo yo esta noche amarrado hasta la cárcel del pueblo.

Y empuñando el bastón, dió tres golpes en la puerta, diciendo:

—¡Abrid a la justicia!

Y se cuenta —aunque vaya usted a saber si será verdad— que en aquel momento se abrió por si misma la puerta sin hacer el menor ruido, y el juez, seguido de algunos mozos provistos de antorchas, penetró resueltamente en el castillo.

Registró una por una todas las habitaciones y no encontró nada ni nadie dentro del castillo.

En vista de lo cual se retiró, acompañado de todos los que le escoltaban.

Al ver que no había pasado nada, los cobardes de antes se las echaban de valientes y decían que lo hecho por el juez no tenía nada de particular, y que ellos también irían al castillo cuando se les antojase.

Pero al día siguiente comenzaron de nuevo los saqueos y las devastaciones.

Las lágrimas de dolor y el luto de los muertos por aquellos infames, la desesperación de los padres y de las familias formaron un coro tal, que llegaron hasta los oídos de los reyes, y éstos enviaron muchas fuerzas y jueces e inquisidores para poner coto a tantas iniquidades.

Aquellas fuerzas lograron apoderarse de los ladrones, incluso su capitán, y, una vez presos, juzgados y sentenciados, fueron ahorcados todos, a excepción del jefe, que logró evadirse de la prisión no se sabe cómo.

Ahorcados aquellos veinte bandidos, parecía natural que la comarca recobrase su tranquilidad; en efecto,

en tanto que estuvo preso el jefe, no se encendieron en las ruinas las luces, ni se sintió el ruido de la orgía, ni se estropearon los campos, ni se cometieron otros delitos; pero, así que logró escapar, repitieronse las terroríficas escenas.

Organizóse entonces una cruzada en todo el país; para los soldados, jueces, inquisidores y magis-

trados fué cuestión de honor prender y acabar con aquellos desalmados.

Una noche, a la hora en que aquellos hombres celebraban sus reuniones, penetraron en el castillo y prendieron a los compañeros de los ahorcados y al mismo capitán.

Encerróse a todos y al capitán, que iba cubierto con una armadura de hierro, le amarraron a una argolla.

Un día, cuando iban a juzgarlos, el carcelero entró a llevarles la comida; cuando entró en el calabozo del capitán,

éste se desplomó a su vista, deshaciéndose las piezas de su armadura, de modo que no cabía duda de la desaparición del dueño; el carcelero sintió, al desplomarse la armadura, una carcajada infernal que le aterró.

Dió parte a la Justicia, y ésta mandó que se sacara la armadura y se guardase como pieza de convicción. Apenas fueron sacadas las piezas de la armadura, cuando, armándose de repente, escapó del lugar en que la habían colocado. Volvieron los terrores, hasta que de nuevo fué preso su dueño.

Entonces, un inquisidor viejo, suponiendo que era el diablo el que se había metido en la armadura del caballero, propuso, y fué aceptado, que armadura y caballero fuesen fundidos, y con el hierro que resultase se hiciera una cruz. Hizose así y fundióse la cruz, que se colocó como señal en los lugares que más había frecuentado el desalmado caballero.

Cuando se estaba fundiendo la armadura salían de ella carcajadas estridentes y horribles que atemorizaron a los fundidores. Colocada la cruz, en donde se puso se secó la hierba, y su solo aspecto hacía temblar al caminante.

Por eso la llamaban la cruz del diablo.

Sin embargo, apenas fué consagrada por el sacerdote de aquel lugar, brotaron en torno suyo hermosas flores, y su sombra protectora fué benéfica, porque el poder de Dios lo purifica todo.



FIN



# ¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Buenos días, curioso Chonón.  
 —¡Caramba! ¿Me has asustado, amigo buho!  
 —Pero ¿es que no me esperabas?  
 —Desde luego que sí; pero estaba medio dormido y el revoloteo de tus alas me ha sorprendido bruscamente. ¿Por dónde has entrado? Están todas las ventanas cerradas.  
 —Ya lo he visto, y por eso no he tenido más remedio que meterme por el agujero de la chimenea. Mira cómo me he puesto de hollín. Nadie más que tú tiene la culpa, por no dejar el ventanillo abierto como de costumbre.  
 —Tienes razón. El sueño me ha hecho olvidar que tenía que dejar tu ventanillo abierto. Toma un cepillo y límpiate. Perdona mi descuido y siéntate. Tú dirás de qué vamos a hablar hoy.  
 —¿A mi elección lo dejas?  
 —Si no quieres cavilar, yo te daré el tema. Vamos a hablar algo de electricidad. Dime qué quiere decir esta palabra.  
 —La palabra *electricidad* tiene su origen en la palabra griega *elektron*, que es el nombre con que los griegos designaban el ámbar.  
 —No acierto a explicarme qué relación pueda tener el ámbar con la electricidad.  
 —Yo te lo explicaré. Ye sabes que el ámbar es esa substancia de color amarillento con que se fabrican multitud de objetos, entre ellos esas boquillas para fumar que parecen de cristal amarillo.  
 —Las he visto muchas veces.  
 —El ámbar tiene una propiedad, descubierta por los griegos, que consiste en atraer cuerpecillos ligeros, como trocitos de papel de fumar o limaduras de metal. Para que esté dotado de esta fuerza de atracción es preciso frotar el ámbar con alguna tela, preferentemente de lana.  
 —Esta propiedad también la tiene el imán.  
 —Exactamente. A esta propiedad misteriosa se le dió el nombre de electricidad. Durante mucho tiempo no tuvo este descubrimiento otro valor que el de un fenómeno muy curioso; pero sin otra aplicación que la de pasar el rato. Pero más adelante se observaron en otros cuerpos fenómenos análogos a los del ámbar, y llegaron a descubrirse otras manifestaciones que dejaban el campo de la curiosidad para entrar en el de los estudios de la ciencia. Lo que en un principio era solamente una fuerza de atracción, se vió más tarde que llegaba a producir una corriente eléctrica capaz de generar fuerza motriz, luz y calor.  
 —La fuerza motriz es, por ejemplo, la generada en un dinamo, como la de los ventiladores; la luz es la que se genera en los filamentos de las bombillas, y el calor lo vemos producido en las estufas eléctricas.  
 —Muy bien, curioso Chononcito. Veo que cada vez vas sabiendo más cosas y que mis charlas van haciendo de ti un Chonón que va a ser un modelo de cultura y sabiduría.  
 —De tal palo...  
 —Gracias. Y dime, ¿tú sabes lo que es una corriente eléctrica?  
 —Espera que piense un poquito. Corriente de agua es una canti-

dad de este líquido que se mueve, que corre de un lado a otro. Pues corriente eléctrica será una cantidad de electricidad que corre también. ¿No es eso?  
 —Sí, señor; esa es la corriente eléctrica.  
 —Y que corre por unos alambres, como en el teléfono o en el suministro de luz  
 —Hasta no hace muchos años eran precisos los alambres para guía de la corriente eléctrica; pero últimamente se ha descubierto que la electricidad puede ir de un lado a otro sin necesidad de apoyarse en hilo alguno. Tienes el ejemplo en la radiotelefonía.  
 —Es un misterio que no alcanzo a descifrar.  
 —¿No van la luz y el sonido de un lado para otro sin necesidad de alambres?  
 —Claro que sí.  
 —Pues lo mismo va la electricidad. En la atmósfera hay un elemento llamado éter, que es el que por medio de vibraciones u ondas transmite la luz, el calor, el sonido y la electricidad a través del espacio. Del mismo modo que al tirar una piedra en un estanque se producen sobre la superficie del agua una serie de ondas o círculos concéntricos cada vez mayores, así un punto luminoso, un sonido o una chispa eléctrica producen en el éter la misma serie de ondas, que se van reproduciendo por el espacio hasta el infinito.  
 —¿Hasta el infinito dices? Pues si yo doy una voz no la oírán más allá de uos cuantos metros.  
 —Pero es debido a la imperfección del oído humano. Cuando tú hablas, la onda sonora se transmite en todas direcciones y hasta el infinito; pero al llegar a cierta distancia va ya tan débil que no alcanza a percibirla el oído del hombre. Tú, que tienes aparato de radiotelefonía, habrás oído en él sonidos emitidos a muchísimos kilómetros de distancia.  
 —Ya lo creo; como que oigo en él toda Europa.  
 —Pues ya ves cómo, a pesar de estar el que habla muy lejos de ti, lo oyes perfectamente.  
 —Sí; pero no sé a qué es debido.  
 —Las ondas eléctricas te han traído el sonido a través del espacio y lo hacen llegar a tus oídos con la misma intensidad, y aun mayor, que si estuvieses al lado del que está hablando o cantando.  
 Así es. Expílicate, porque me interesa mucho el tema. Hasta ahora sólo he sido un vulgar radioescucha; pero quiero de hoy en adelante conocer los secretos científicos de ese aparatito de «radio» que tan buenos ratos me ha hecho pasar. Habla, que soy todo oídos.  
 —En cuanto veas en el reloj la hora que es comprenderás, que el tiempo destinado a nuestra charla de hoy se ha consumido ya. Dame mis gafas, mi sombrero y mi bastón, que me voy otra vez por donde he venido.  
 —¿Por la chimenea? De ningún modo. No tienes por qué mancharte de hollín. Te abriré el balcón de par en par para que puedas volar sin el menor obstáculo.  
 —Adiós, querido Chononcito. Hasta el domingo próximo.  
 —Adiós, simpático buho.



## CORRESPONDENCIA



Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas) por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que recibáis la Revista sin retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.

**María Victoria.**—Con tu cartita he recibido un lindo dibujo que entra en turno para publicarse en mi revista. Desde luego tienes perfectísimo derecho a los premios de colaboración y concursos de pasatiempos, aunque no seas suscritora. Basta con que seas pinochista, simpática María Victoria. Muy cariñosos recuerdos de Pirula, Laura, Currinche, Morranguis, etc.

**Jaime de Pinés.**—¡Vaya un Bugatti campeón de carreras! Nos hemos quedado turulatos cuando lo hemos visto. Es, sencillamente, formidable, tanto el «auto» como el dibujo. Muy bien, queridísimo Jaimito, muy bien. Tuyo incondicional.

**José Luis Vara de Rey.**—El emocionante episodio tan magistralmente resuelto por tu hábil pluma irá a mi revista en cuanto le llegue su turno. Currinche no cesa de contemplarlo y siente en toda su intensidad la emoción de la trágica acometida de esos piratas. Lo malo es que luego sueña por la noche y no deja dormir a Don Turulato. Tuyo siempre.

Angel Laborda, Eusebio Elorrieta, José María Martín Llanos y Pepin Cas-

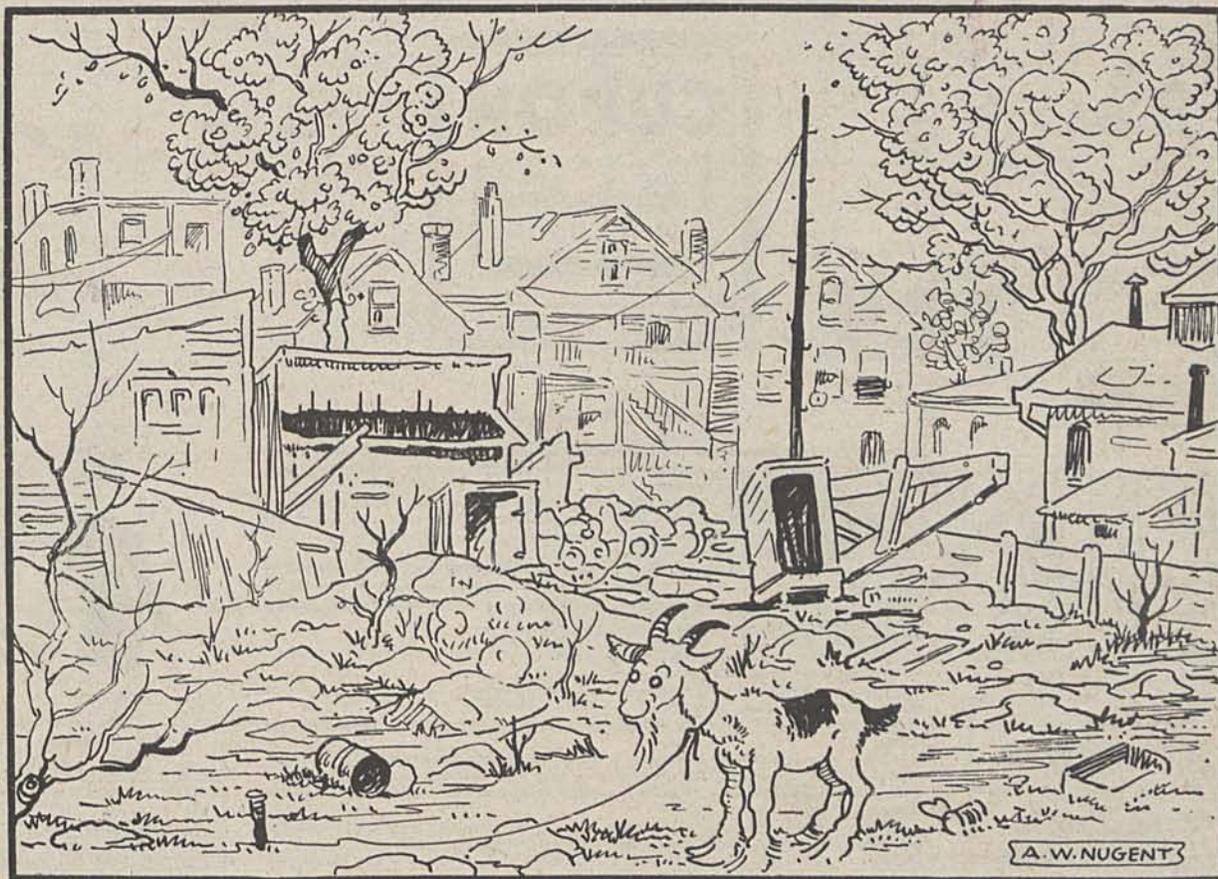
**tellanos.**—Os mando un «no puede ser» para que os lo repartáis entre los cuatro. ¿Que qué es lo que no puede ser? Pues reproducir dibujos que estén hechos a lápiz. Lo he dicho ya muchas, muchas veces, y aun así no me puedo evitar el disgusto que me produce no poder publicar dibujos tan admirables como los vuestros. Hacedlos con tinta y quedaremos todos satisfechos. Así lo espera vuestro incondicional.

*Pinocho*

# CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE MARZO

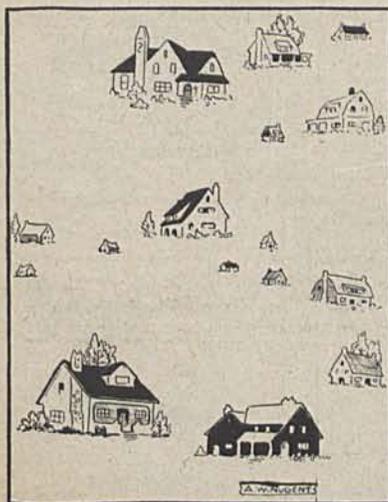
(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

## LA PERRERA



¡Pobre cabrita! ¡Qué susto ha pasado! Figuraos que hace un rato estaba rodeada de cinco enormes perrazos, uno de ellos de presa. La pobre cabrita temblaba de espanto, temiendo que se la comieran, cuando de pronto vieron venir de lejos a unos perreros y, ¡sálvese el que pueda!, ladraron. ¿Sabriais encontrarlos vosotros? Aunque, desde luego, a la cabrita no le haria ninguna gracia que los encontrarais.

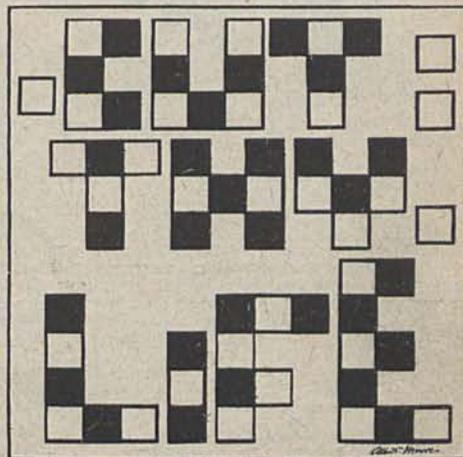
## ROMPECABEZAS



Dieciséis casas tenemos en este dibujo y hay que trazar cinco tapias, de forma que queden todas separadas, cada una en su departamento.

## TABLERO DE AJEDREZ

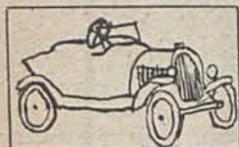
Uniendo convenientemente estas piezas habéis de formar un tablero de ajedrez. Es condición indispensable que no vayan nunca juntos dos cuadros negros ni dos blancos.



# COLABORACIÓN PINOCHISTA DEL MES DE MARZO



Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Un Citroën.  
FEDERICO LÓPEZ AMO.



Mis mejores amigos.  
CARMELITA DÍAZ.



Una carabela.  
ANTONIO M.<sup>a</sup> GARICANO.



Un buen «soot»  
LOLITA FERNÁNDEZ.



Una leona.  
PILAR LÓPEZ.



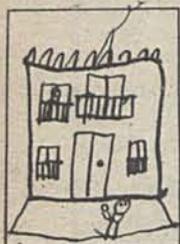
Antigua locomotora.  
JORGE THUILLER.



Un cangrejo.  
JUAN MANUEL.



La mesa de un pinochista.  
N. N.



La casa de Pinocho.



Molino.

LUIS L. EGEA. MARÍA N. ALONSO.

Érase una vez una casa que se decía que estaba encantada por duendes y que todas las noches se oía un ruido acompañado de este fantástico nombre: «Tócame-Roque», con gran miedo de quienes lo sentían.

El propietario prometió dar un premio a quien la desencantase. Pasó por esa calle un general, el cual sintió decir eso. Fue a consultar al propietario, el que le dijo que podía ir y que tuviese mucho cuidado. El general dijo que no tenía miedo.

Pues bien, queridos niños, sigamos en la casa.

El general entró, y como no vio nada de malo, se acostó, y no tardó en dormirse, con un revólver en la mano. Al cabo de un rato lo despertó un ruido. El general encendió la luz y se armó de sus dos queridos revólveres, y vio un fantasma. El general, que se llamaba Juan, dijo:

—Ya están aquí.  
Al poco rato oyó una voz, que le dijo:  
—Márchate de aquí si no quieres morir.  
—El que va a morir eres tú —dijo Juan. ¡Toma!, y le metió dos onzas de plomo, cayendo inerte el fantasma al suelo.

De pronto, el general, se vio rodeado de unos veinte fantasmas, y salió el jefe que le dijo:

—Estoy entusiasmado de tu valentía y si quieres reúnete con nosotros.  
El general le dijo que sí, siempre que fuese para algo honrado.  
El jefe le dijo: «Ven», y le mostró muchas máquinas que eran de hacer monedas falsas.»

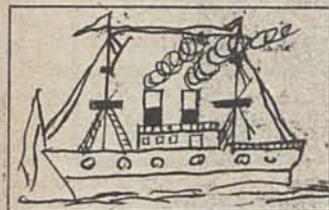
Entonces, el general llamó a sus soldados y les hizo prender, pues eran unos ladrones y unos monederos falsos, siendo luego ahorcados uno por uno.

Y colorín, colorado,  
este cuento está terminado.

PEDRO ALVARADO  
11 años.



Un dandy.  
JOSÉ GARCÍA RODRÍGUEZ.



Un trasatlántico.  
LUIS UQUINA.



Una casita de campo.  
FEDERICO GARCÍA.



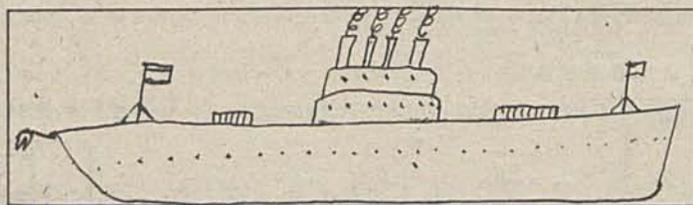
Mi tío.  
A. ARENALES.



Barroso.  
FERNANDO LAFIGUERA.



Pinocho, futbolista.  
N. N.



Un barco.

MANOLITO PÉREZ.



Mi casa de verano.  
JOSÉ EGEA.



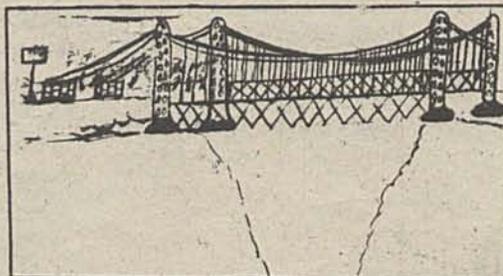
Un granadero.  
GRAU.



Curruquín.  
M.<sup>a</sup> T. URRUTIA.



Mi criada.  
TERESA GARCÍA.

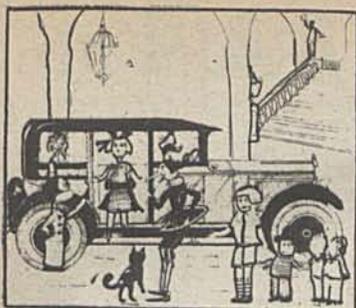


Puente colgante sobre el Guadalquivir.

MICHEL TORRES.



Morronguis.  
RAMÓN VILA.



La señorita Pirula llega en su auto a su palacio.  
AUKORITA CARRASCO.



De compras.  
MANUEL NIETO MOLINA.



Una niña bien.  
VICTORIA LÓPEZ PRADO.



La señora Corretón.  
DOLORES MUÑOZ.



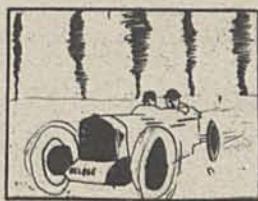
Pinocho a la moda.  
CARMINA LÓPEZ.



Un pepino.  
JUAN JOSÉ FESSER.



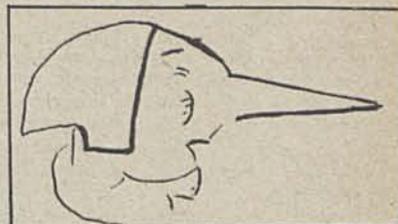
El caballo malacara.  
JOSÉ MAROTO.



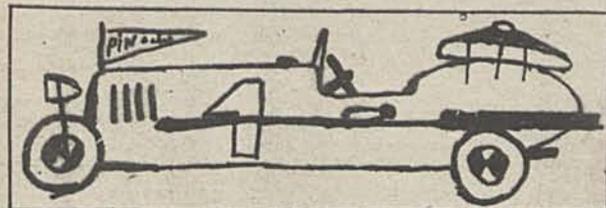
Malcom el popular volante argentino.



El malvado cazador de cabelleras.  
BEATRIZ DE BUSTOS.



Pinocho.  
LUIS AYORA.



El auto de Pinocho.

CECILIA REVILLA.



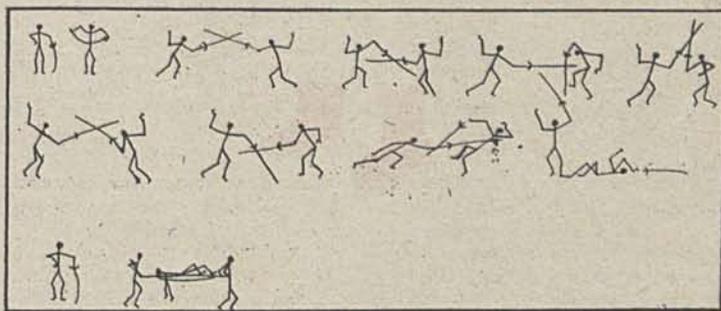
El barco de Pinocho.  
ALFREDO DEL CAMPO.



Un patito.  
ROSARIO LOSADA.



Ghapete mata al ratón.  
FRANCISCO REGUERA.



Desafío.

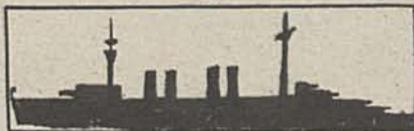
LUIS VIDAL RIBAS.



Mi hermana.  
J. M. ALVAREZ.



Pinocho convida a Currinche.  
ALFONSO IÑIGO.



Un crucero.  
GUILLERMO LAMRUSCHERU.



Hacia el Caney.

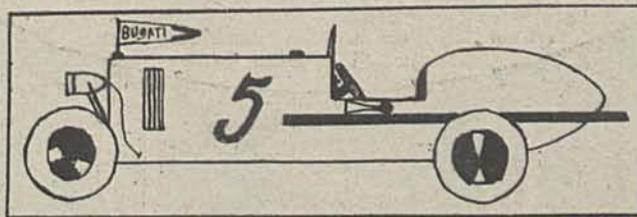
J. A.



Un pajarito.  
M.ª NIEVES ALONSO.



La casita de mi papá.  
GUSTAVO AMADEO.



Un Bugatti de carreras.

R. REVILLA.



Morronguin busca cena.  
TINITA CARSELLÉ.

# SECCIÓN PIRULA

**CHARLAS  
DE PIRULA...  
MODISTA**



como suelen suceder estas cosas— otorgó el don funesto de llorar perlas?

Y claro, la pobre princesita fué muy desgraciada, porque, a pesar de las prohibiciones de sus buenos papás, los reyes, los que la rodeaban, codiciosos de obtener perlas, la hacían llorar cuanto podían.

Así, por ejemplo, cuando era chiquitina, su nodriza solía retirarle bruscamente el biberón de la boca, con lo cual obtenía al punto unas cuantas lágrimas, o sea una fortuna en perlas.

Más tarde, sus damas de honor, cuando se les antojaba un nuevo collar o una diadema más, inventaban alguna historia triste que contarle a Su Alteza para hacerla llorar.

Hasta que un día, la princesita, harta ya de llorar para enriquecer a aquellos malvados egoístas, huyó del palacio real y se fué a vivir a un pueblo, en una casita miserable, disfrazada de lechera; así la conoció un leñador honrado y trabajador, que, ignorando quién era y el don funesto que poseía, se casó con ella, y la hizo tan feliz que en toda su vida volvieron a verter una sola lágrima los ojos de la princesita venturosa.

Recuerdo esta historia siempre que veo a mi amiguita Elisa, por lo mucho que se parece a aquella princesa en lo de llorar..., aunque no perlas, por supuesto.

¡Ah!, si se convirtiesen en perlas las lágrimas de Elisita, todos los tesoros de la Golconda no igualarían al que hoy poseería mi lloroncita amiga.

(No me parece necesario recordaros que la Golconda es una región de la India, famosa por sus minas de diamantes.)

Su primo Josele, que es un gran aficionado a las matemáticas y a la estadística, ha calculado que de los ojos de Elisa brotan, por término medio, cien lágrimas por hora, lo cual equivale, al cabo de las dieciséis horas del día (Elisa no suele llorar mientras duerme), a un total de mil seiscientas lágrimas, o sea, durante todo el año, quinientas ochenta y cuatro mil lágrimas; y eso si el año no es bisiesto ¿eh?

También ha calculado el sabio Josele los litros de agua que representa esta cantidad de gotas vertidas por los lagrimales de Elisa; pero no os lo repito porque no recuerdo la cifra exacta y temo equivocarme.

Y preguntaréis, sin duda:

—¿Qué le sucede a la pobre Elisa para llorar tanto?

¡Oh!, le suceden cosas terribles, dolorosísimas; por ejemplo, que su papá toma billetes para lle-

varla al cine, a ver una película interpretada por Mary Pickford, mientras que ella hubiera preferido ver otra película en que desempeña papel principal Mae Murray.

O que en la mesa, al llegar los postres, se encuentra con que sólo hay manzanas y naranjas, siendo así que ella hubiera deseado comer peras y mandarinas.

O que al dar las buenas noches a sus padres, antes de irse a la cama, nota que su mamá le da tres besos a su hermana y a ella solamente dos.

Y como, naturalmente, no pasa día sin que le sucedan a Elisa unas cuantas desgracias de este calibre, ya tenemos perfectamente justificado el problema de las quinientas ochenta y cuatro mil lágrimas que brotan anualmente de los ojos de Elisita, según ha calculado tan gran matemático como Josele.

Ni que decir tiene que los padres de Elisita están aterrados ante esta llorera de su hija; pero hasta ahora todo cuanto han hecho para curarla resulta inútil y hasta contraproducente; cuanto más se

la suplica, más se entenece; cuanto más se la regaña, más se enfada, y cuanto más se la castiga, más se desespera; y en ella el «enternecimiento, el enfado o la desesperación se traducen igualmente en un redoblamiento de lágrimas.

Quizá diera mejor resultado para curar a Elisita esto que se me ha ocurrido a mí: demostrarle que las lágrimas no solamente sirven para verterlas por los ojos, sino que más vale guardarlas preciosamente para utilizarlas como... adorno de vestido.

Lágrimas, en efecto, son —o, por lo menos, parecen— estos adornos que os presento hoy, y que se confeccionan con vivos de tela de siete centímetros de ancho por quince de largo, y pegan luego, muy ligeramente, al vestido, aisladas o por grupos.

El adorno resulta delicadísimo; aunque puede hacerse en tela o en color diferente al traje, yo os lo aconsejo de la misma tela —sobre todo si el vestido es de seda— y del mismo color; si acaso, en otro matiz o, también, en varios matices, formando un «degradé».

El segundo modelo es un adorable vestido de los llamados «de estilo», de glase crema, propio para niña mayor, o sea de la edad de Elisa, que, pese a que su llanto

de nena chiquitina pudiera engañar respecto de sus años, ha cumplido ya los doce.

Como este vestido, cuyo modelo os doy, es precisamente el que la mamá de Elisa ha encargado para asistir a la fiesta que dará dentro de pocos días su prima Pepita en honor de su santo.

¿Quién sabe si este adorno de lágrimas no curará a Elisa de la manía de verterlas?

Por más que no; al verse dueña de un vestido tan lindo, es fácil, ¡ay!, que se eche a llorar de... alegría.

Pero estas lágrimas no tendrán ya el amargor de las otras y hasta es posible que hagan que su mamá, que es tan buena, le regale un vestido cada día para endulzar su llanto.

Pues habéis de saber que nuestra amiga Elisa con la misma facilidad que empieza, lo deja.

